

que nosotros no somos sino *pobres pecadores*, que no sabríamos sentir demasiado nuestra indignidad y nuestras necesidades en cada instante de nuestra culpable vida, *ahora y á la hora de nuestra muerte*, que decidirá eternamente de esta salvacion por la cual esta Virgen Santa ha llegado á ser la Madre de nuestro Dios?

Estas últimas palabras: *Pobres pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte*, están indicadas en aquellas en que el concilio de Efeso invoca la Maternidad divina de María; así como estas se hallan tambien indicadas en las de Isabel, las cuales tambien lo están en las del Angel enviado por Dios. Cada palabra, cada letra, por decirlo así, de esta admirable oracion, considerada especialmente en su relacion con el *Padre nuestro*, tiene un sentido, un gusto, un atractivo incalculable de gracia y de suave profundidad. No se sabrá admirar demasiado en todas las partes que han venido sucesivamente á formarlas, la armonía lógica que las une y que hace de ellas como una germinacion del divino Espiritu que las ha inspirado para hacerlas producir en los corazones que la rezan con la inteligencia de la fé y la simplicidad del amor, frutos de unción, de gracia y de vida.

Tal es el valor litúrgico de la salutacion angélica, añadida á la oracion Dominical en el culto cristiano. Tal es el vínculo glorioso para María, que une estas tres grandes oraciones en los oficios de la Iglesia: *Padre nuestro, Ave María, Credo*.

IV. Hay una cuarta oracion no menos consagrada, no menos usada en la vida católica; esta es el *Confiteor*, por el cual bajamos al abismo de nuestra culpabilidad para confesarla y pedir perdon de ella. Esta oracion es el prelude de la confesion detallada de nuestras faltas á los piés del Sacerdote en el sacramento de la Penitencia, de la funcion mas grande del mismo Sacerdote al pié del altar antes de subir á él para celebrar allí el Santo Sacrificio, en donde tambien vuelve á oirse en los lábios del fiel antes de la comunión; en fin, en las oraciones de cada noche, ella atrae sobre nuestra alma humillada la remision de las debilidades cometidas durante el dia.

Pues bien, en este acto tan importante, ¿qué parte no se ha dado siempre á la Santísima Virgen desde los tiempos mas remotos! ¿Qué lugar de preeminencia y de misericordia no ocupa ella en esta oracion! «Yo confieso á Dios Todopoderoso, á la *Bienaventurada siempre Virgen María*, á San Miguel Arcángel, á San Juan Bautista, á los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y á todos los Santos, que pequé gravemente, etc.» ¿Qué rango se ha dado á la Santísima Virgen, qué manera de nombrarla en este acto solemne de nuestra humillacion! Inmediatamente, despues del *Dios Todopoderoso*, antes que *todos los Santos*, antes que los mas grandes *Apóstoles*, antes que el Precursor, de quien Jesucristo ha dicho que es mas que un Profeta, y que no hay mas grande que él entre todos los nacidos de mujer, antes que la naturaleza angélica y que toda la Corte Celestial, representada por el *Arcángel Miguel*, el primero entre los primeros, *de principibus Primus* (1), el cual, *á la cabeza de todos los otros, ha precipitado del cielo al Angel apóstata, despues de haberle vencido por la sangre del Cordero* (2); esta sangre, suministrada por la Virgen María, por la cual ella misma ha roto la cabeza de la serpiente, y en la cual nosotros somos lavados de nuestras manchas. ¿Qué elevacion! ¿Y cómo deja entrever la verdad de esta doctrina, que hace consistir la lucha angélica, en la cual ha sucumbido Lucifer, el nudo del grande drama que ha tenido lugar en las alturas del cielo, y del cual ha sido un contragolpe la caída de Adán y el desenlace reparador, el sacrificio del Calvario en el divino reino del Hijo del hombre y en la soberanía angélica de la Madre de Dios!

Por esto, la humanidad culpable, reconociendo que tiene necesidad de poderosos intercesores, confiesa sus pecados á la *Bienaventurada siempre Virgen María*, inmediatamente despues de haberlos confesado á Dios Todopoderoso, antes que todos los Angeles y todos los Santos. *Bienaventurada*, expresion que jamás se separa del nombre de la Virgen en el lenguaje de la Iglesia, en cumplimiento de la profecía *Beatam*

(1) Daniel, X, 13.

(2) Apocalipsis, XII, 7—11.

me dicent; y siempre Virgen, para profesar que María no ha degenerado del prodigio de su divina Maternidad.

Mas ¿por qué no hallamos entre el Dios Todopoderoso y la Bienaventurada Virgen María el santo nombre de Cristo, divino Mediador, Autor de toda santidad, y el único por quien debemos tener acceso al Padre?

Hélo aquí: nosotros no confesamos nuestros pecados á Dios y á la Virgen con un mismo fin. Los confesamos á Dios para que nos los perdone, y á la Virgen lo mismo que á los Angeles y Santos, para que pidan á Dios nos los perdone, segun esta continuacion del *Confiteor*: «Por lo tanto, ruego á la Bienaventurada Virgen, etc., y á todos los Santos que *rueguen* por mí á Dios nuestro Señor...» Despues: «El Dios Todopoderoso tenga misericordia de nosotros y nos perdone nuestros pecados.» Así el divino Mediador, precisamente porque es Mediador, no podia ser colocado en este acto de confesion de nuestros pecados, ni con Dios Todopoderoso, ni con la Virgen y los Santos. Con la Virgen y los Santos hubiera sido darle un papel de *suplicante*, que no podia convenir á Aquel cuyos méritos infinitos han sido superabundantes para rescatar los pecados de todo el mundo; con Dios Todopoderoso hubiera sido darle un papel de *ofendido*, que tampoco podia convenir á Aquel que se ha entregado á sí mismo por nuestras ofensas y por quien obtenemos el perdon de ellas.... Tal es la razon perfectamente doctrinal y lógica de no hallarse el santo nombre de Jesucristo en el *Confiteor*. Pero si no se halla en ninguna parte, puede decirse que está en todas: en cuanto Dios como su Hijo, en cuanto hombre como Hijo de María; entre los dos, reconciliándolos como *un solo Hijo* que junta á la Bienaventurada Virgen María, y por ella á los Angeles, y á los Santos, y á todas las criaturas, con Dios Todopoderoso. La gloriosa mencion de María en el *Confiteor*, tiene una importancia considerable por esta misma razon de no hallarse particularmente, y si generalmente, el nombre del Mediador en esta bella oracion. Porque en ella principalmente está presente como hecho hombre y Salvador, como Autor de la gracia que imploramos, y de la cual María ha sido llena la primera para derramarla sobre nosotros.

V. Hay otras oraciones para dar culto á la Santísima Virgen; dejamos su estudio para mas adelante, porque no tienen un carácter tan consagrado en la liturgia católica, y porque son de superrogacion para los que quieren practicar el culto público del Cristianismo. No es de esta clase, sin embargo, una oracion á la cual no se puede renunciar sin oponerse á la práctica de la Iglesia, y á la cual no podemos asociarnos, sin profesar todas las glorias que en todos tiempos se han ido atribuyendo á la Madre de Dios. Quiero hablar de las *Letanias de la Santa Virgen*.

Aquí tenemos una gran ventaja, y es de poder dejar hablar á un grande hombre en nuestro lugar, á cuyo nombre nada se puede añadir, Bossuet, no el Bossuet del púlpito, á pesar de que en este, ni la maestría ni el celo han dejado en ningun tiempo nada que desear, sino el Bossuet de la *Esposicion*: mas todavía, Bossuet catequista, haciendo á la exactitud el sacrificio de todo, hasta de la elocuencia, es decir, de sí mismo. Tampoco es él mismo, sino la doctrina, quien habla en la *advertencia* que él hace preceder á las *Letanias de la Santa Virgen*, y que se vé que es un tratado litúrgico completo sobre los honores que debemos á la Madre de Dios. Recomendamos esta importante *leccion* á toda la reflexion del lector cristiano.

Advertencia sobre las Letanias de la Santísima Virgen.

«Las Letanias de la Santa Virgen son títulos de honor que los Santos Padres han dado á la Bienaventurada Virgen María, especialmente á causa de su incomunicable cualidad de Madre de Dios. Se ha creido que no se podia celebrar lo bastante á la que Dios ha elegido para darnos por su medio á Jesucristo; tanto mas, quanto que Dios ha querido que ella prestase su consentimiento espreso al misterio de la Encarnacion que queria realizar en ella, y que para obtener este consentimiento la fué enviado el Arcángel San Gabriel. Quedó, pues, desde entonces llena de un amor inmenso para con el género humano, y se creyó bienaventurada por ser la escogida para darle el Salvador.

»Mas adelante, Dios quiso tambien que el primer milagro que hizo Jesucristo para establecer la fé en el corazon de sus discipulos, lo hiciese á ruego de la Santa Virgen; porque ella fué quien rogó á su Hijo supliese con su omnipotencia la falta de vino en las bodas de Canaá, en Galilea. Y aunque al exterior pareció en un principio que Jesucristo, para ejercitar la admirable humildad de su Santa Madre, no habia querido escucharla, sin embargo hizo cuanto ella deseaba, y obró el milagro, del cual dice San Juan en su Evangelio: *Este es el principio de los milagros que hizo Jesus, y sus discipulos creyeron en él.* (Juan, II, 2.) A esto se referia San Agustin cuando decia de la Santa Virgen: *que segun la carne, ella es Madre de Jesucristo, nuestra cabeza; y segun el espiritu, Madre de sus miembros, es decir, de todos nosotros, porque ella ha cooperado con su caridad al nacimiento de los fieles en la Iglesia.* (San Agustin, lib. de la *Virg.*, cap. 6.)

»Es, pues, en este sentido como la Santa Virgen es la Eva de la nueva alianza, es decir, la verdadera Madre de todos los vivientes, y Dios ha querido darle en nuestra salvacion la misma parte que tuvo Eva en nuestra perdicion. Véase el *Catecismo de las fiestas, leccion única de las fiestas de la Santa Virgen y de los Santos; y sobre las fiestas de la Santa Virgen, leccion 3.^a para la Anunciacion.*

»Sobre este sólido fundamento están apoyados todos los elogios que la Iglesia ha tributado siempre á la Santa Virgen, y que ha como recapitulado en las Letanías.

»Se puede ver un modelo de estos elogios en el concilio de Efeso, que es el tercero general. Se celebró en la Iglesia principal de Epheso, llamada **MARIA**, del nombre de la Santa Virgen, en memoria de haber pasado allí una gran parte de su vida en compañía del Apóstol San Juan, á quien Jesucristo al morir encomendó el cuidado de su Santa Madre. En esta Iglesia, pues, fué donde el Santo Concilio de Efeso hizo resonar las alabanzas de la Madre de Dios, á la cual San Cirilo, Patriarca de Alejandría y Presidente de esta venerable Asamblea, dirigió á nombre de todos los Padres que la componian, y de toda la Iglesia allí representada, las palabras siguientes: *Os saludamos, oh Maria, Madre de*

Dios, tesoro verdadero de todo el universo, antorcha que no se puede apagar jamás, corona de la Virgindad, cetro de la fé ortodoxa, templo incorruptible, lugar de Aquel que no tiene lugar, por la cual nos ha sido dado Aquel que es llamado Bendito por excelencia, y que ha venido en nombre del Señor. Por vos es glorificada la Trinidad; por vos es celebrada y adorada la cruz por toda la tierra; por vos saltan los cielos de alegría, los Angeles se regocijan, y son derrotados los demonios; el demonio tentador cae del cielo (1), y la criatura caída es puesta en su lugar: con todo lo demás que seria largo referir, y que termina así: Adoramos á la Santísima Trinidad, celebrando con nuestros himnos á la siempre Virgen Maria y á su Hijo, el esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, á quien pertenece todo el honor y la gloria por los siglos de los siglos.

»Así es como toda la obra de la redencion se atribuye á su manera á la Santa Virgen, por la cual el Padre Eterno nos ha dado su Hijo, nuestro Salvador; así es como se unen las alabanzas de esta Virgen Madre con las de su Hijo, y aun con las de toda la Santísima Trinidad (2).»

Todo cuanto hemos podido decir sobre la Santa Virgen, no es mas que el desarrollo de esta importante doctrina, y nada mas. Y esta misma doctrina está contenida en la liturgia católica, y mas particularmente en las *Letanías de la Santísima Virgen.*

Letanías, palabra tomada de un vocablo griego, que significa *yo suplico*, en latin *rogationes*, quieren decir *oraciones públicas*. El objeto de las Letanías es efectivamente aplacar el cielo, ó implorar sus favores por medio de una manifestacion pública de religion, especialmente por procesiones en las calles ó en los templos, con plegarias sucesivas y prolongadas como la marcha de la ceremonia y el sentimiento que la mueve.

Son, pues, las rogaciones de esta clase la expresion, en el

(1) Doctrina que hemos indicado en la esposicion del *Confiteor*, que atribuye la caída de los Angeles rebeldes, á haberse negado á reconocer la superioridad de Maria.

(2) Catecismo de las oraciones eclesiásticas.

mas alto grado, de la fé comun y pública de los fieles. Tales son las Letanías de la Santa Virgen. Es bastante incierta la época de su institucion. Parece estaban ya en uso en tiempo de San Gregorio el Grande, en el siglo VI, en cuya época fueron muy recomendadas por la repentina desaparicion de una peste á consecuencia de una procesion en que se cantaban éstas Letanías.

La oposicion tan marcada que se echa de ver en esta súplica entre estos dos modos de invocar, *óyenos*, dirigido á Dios como á Aquel que nos ha de conceder el objeto de nuestros deseos, y *rogad por nosotros*, dirigido á la Santa Virgen como á una suplicante, semejante á nosotros, aun en la gloria que la distingue, espresa toda la doctrina de la Iglesia sobre el culto de María, y es una impugnacion del error que la menosprecia, tanto mejor, cuanto es mas solemne y mas repetida. Una vez establecida sólidamente esta distincion, ¿quién será insensible á todos estos títulos que damos á la Madre de Dios, en este tan reiterado recurso á su intercesion? ¿Qué verdad en este lenguaje del amor filial, que jamás cree haber alabado lo bastante, bendecido lo bastante, embellecido lo bastante el objeto maternal de su tierna veneracion; en este lenguaje de la indigencia que se apoya sobre los privilegios del crédito cuyo socorro invoca, y que se complace en enumerarlos como prendas de su liberacion! ¿Qué sentimiento tan profundo de fé, de amor, de admiracion, de adoracion á Dios y á Jesucristo en todos estos títulos dados á María, puesto que no hay uno entre todos ellos que no le venga de su divino Hijo, y que no se refiera á Dios como al autor y al fin de todas sus glorias!

Sobre todo, el contesto de estas bellas invocaciones es muy digno de admiracion. Despues de haber lanzado por cinco veces á Nuestro Señor y Cristo Jesus los grandes gritos de suplicacion y de angustia: *Kyrie eleison*, tened piedad de nosotros; despues de haber dirigido el mismo grito al Padre celestial Dios, al Hijo Redentor del mundo Dios, al Espíritu Santo Dios, á la Santísima Trinidad, que no es mas que un Dios, desde esta altura infinita en donde la plegaria humana apenas puede sostenerse se reduce y se

repliega en aquella sencilla invocacion que dá principio á la Letania de la Santa Virgen: SANTA MARÍA, *ruega por nosotros*. Este solo nombre de *María*, por el contraste de su humildad con la sublime é inaccesible esencia que se acaba de invocar, hace sentir de la manera mas penetrante toda la distancia salvada por la caridad infinita del Verbo Encarnado, y como los dos polos de toda la religion: la Trinidad y María. Despues de esta primera y dulce invocacion de *María*, en correspondencia á la de *Jesus*, pone desde luego en toda la simplicidad evangélica la *Persona* sugeto de todas las glorias bajo las cuales va á ser invocada, y que no son sino la irradiacion de aquel inefable nombre que las encierra todas en su virginal candor. Hablando lexicológicamente, hasta este predestinado nombre significa á la vez *Soberana*, *Astro radiante*, *Reina ó estrella de la mar* (1). Pero sobre todo, es como el nombre de familia del Hijo de Dios hecho *Hijo de María*, y de los *hijos de María* hechos *hijos de Dios*. «Invocad, pues, este nombre consolador, dice San Bernardo, en vuestros peligros, en vuestras dudas, en vuestras angustias; suene sin cesar en vuestros lábios, en vuestro corazon; con él no hay extravíos, no hay desesperacion, no hay caidas, no hay temor, no hay fatiga, no hay mas que una dulce esperiencia del profundo sentido de estas palabras del Evangelio: *El nombre de la Virgen era María* (2).»

Despues de este simple nombre viene la invocacion de los dos grandes privilegios que ensalzan á María sobre todas las criaturas: *Santa Madre de Dios*, *Santa Virgen de las virgenes*. Despues de desenvuelto cada uno de estos títulos de Madre y de Virgen, el primero en diez y el segundo en seis caracteres que hacen sentir y gustar toda su escelencia: *Madre de Cristo*, *Madre de la divina gracia*, *Madre purísima*, *Madre castísima*, *Madre intacta*, *Madre sin mancha*, *Madre amable*, *Madre admirable*, *Madre del Criador*, *Madre del Salvador*.— Despues, *Virgen prudentísima*, *Virgen venerable*, *Virgen digna de alabarse*, *Virgen poderosa*, *Virgen clemente*, *Virgen fiel*.

(1) Lexic. Bibl. Weitanuer.

(2) Super. Missus est.

Estas diversas calificaciones son como otros tantos rayos de la virginidad y de la maternidad de María, y nos la hacen admirar y amar como un prodigio de gracia, un modelo de santidad, un refugio de salvacion. Y cuán animados y personificados están todos estos caractéres, todas estas facciones de la Virgen María por esta invocacion repetida, cuyo objeto son ellos mismos: ¡*Rogad por nosotros!* invocacion que recibe á su vez de estos diversos caractéres un sentido variado en su uniformidad, y que halla en ellos como otros tantos asideros por los cuales la debilidad humana se acoge á este grande y misericordioso socorro, se impregna de las gracias y virtudes que de él dimanar, y se eleva al manantial de vida de donde él nace.

Despues de esto vienen las grandes y dulces figuras biblicas bajo las cuales ha sido simbolizada la Madre de Dios, y que son como otras tantas formas transparentes dentro de las cuales brilla su Divino Hijo. Aquí es sobre todo donde aparece con toda claridad que Jesucristo es á quien honramos en María y de quien ella misma recibe todo el honor que nosotros le tributamos, como *Espejo de justicia*, *Asiento de la sabiduría*, *Causa de nuestra alegría*, *Vaso espiritual*, *Vaso honorable*, *Vaso único de la verdadera devocion*, *Rosa mística*, *Torre de David*, *Torre de marfil*, *Casa de oro*, *Arca de la Alianza*, *Puerta del cielo*, *Estrella de la mañana*. Aquí es inútil todo comentario: nadie hay que no reconozca al Hijo de Dios en aquella *Justicia* de la cual María es el *Espejo*, en esta *Sabiduría* de la cual ella es el *Asiento*, en esta *Alegría* de la cual es la *Causa*, en esta *Divina gracia* de la cual es el *Vaso espiritual y honorable*, en este *Perfume místico* del cual es la *Rosa*, en este *David* vencedor del cual es la *Torre*, en este *Huésped divino* de quien ella es la *Casa de oro*, en este *Maná celestial* y este *Santo de los Santos* del cual es el *Arca de la Alianza*, en este *Cielo* del cual es la *Puerta*, en esta divina *Mañana* del día eterno del cual es la *Estrella*, en una palabra, ¿quién no vé bajo todas estas figuras á aquel Redentor y á aquel Dios de quien ella es Madre? Y este culto de Jesucristo, tanto mas profundo cuanto que se lo tributamos así hasta en María, refleja á su vez sobre esta, y nos hace conocer de qué culto

somos en efecto deudores á la que ha tenido con él relaciones tan prodigiosas de gracia y de vida, y con qué confianza debemos invocar su crédito y su socorro.

Por esto no tememos ver é invocar en ella la *Salud de los enfermos*, el *Refugio de los pecadores*, la *Consoladora de los afligidos* y la *Auxiliadora de los cristianos*.

Y para asentar nuestra confianza sobre un título que vale á María, despues de Dios, los supremos honores, acabamos saludándola *Reina: Reina de los Angeles*, que la han saludado sobre la tierra y llevado á lo mas alto del cielo;—*Reina de los Patriarcas*, que han vivido sobre la promesa de su divina Maternidad, y que regocijándose de tenerla por hija, la han saludado por Madre de *Aquel que es antes que Abraham fuese*;—*Reina de los Profetas*, cuya vision ha sido ella en union con su Divino Hijo, los cuales la han prefigurado bajo mil formas, y han profetizado *la Virgen que debia parir* en persona á aquel Verbo que hablaba solamente por sus voces;—*Reina de los Apóstoles*, á todos los cuales ella ha precedido y aventajado en la fé, en el amor y en la constancia, y á quienes ella ha revelado en el cenáculo el secreto del Verbo hecho carne;—*Reina de los Mártires*, cuyos suplicios todos ella ha reconcentrado en la trasficion de su corazon maternal al pié de la Cruz;—*Reina de los Confesores*, de los cuales ella ha sido la primera que ha cantado en el cántico de su reconocimiento la fé que ella habia practicado la primera en el misterio de la Encarnacion;—*Reina de las Virgenes*, que ella ha hecho brotar como otras tantas flores en el campo de la Iglesia, bajo la inspiracion de su inviolable y milagrosa virginidad;—*Reina de todos los Santos*, cuyos caractéres y méritos todos ella ha reunido y escedido en la plenitud de gracias que le ha hecho dar á luz al Santo de los Santos;—*Reina*, en fin, *concebida sin pecado*, por un privilegio único que la ha libertado de la serpiente cuya cabeza debia quebrantar, y de algun modo la ha constituido Reina del infierno por el terror y la justicia, como lo es de la tierra y del cielo por la misericordia y la dulzura.

¡Con qué confianza, pues, no debemos nosotros, despues de haber invocado en María y puesto, por decirlo así, en juego todos estos grandes resortes de su soberanía para con Dios,

decir á su Divino Hijo, á este Cordero que de ella ha tomado la sangre que ha derramado por la salud del mundo: ¡Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, perdónanos, óyenos, ten piedad de nosotros, Señor! ¡Cristo, escúchanos! ¡Cristo, óyenos!

Tales son las Letanías de la Santa Virgen, tal es el sentido litúrgico y doctrinal que ellas contienen y que se exhala del seno de las congregaciones de fieles, cuando, con aquel canto tan admirablemente espresivo de melancólica y llorosa gravedad que vá como surcando cada uno de sus versos, responden por el *Ora pro nobis*, del cual cada golpe, cual los de un ariete que bate en brecha los diversos lados de una torre, conmueve y acaba por ablandar la Justicia celestial, armada contra nosotros por el pecado, y desarmada por la oracion.

Así, María vive en los actos, en las oraciones litúrgicas mas orgánicas, si se puede decir así, de la Iglesia y de la humanidad.

Pero vamos al corazon de la liturgia, al Santísimo Sacrificio, que es el centro, alrededor del cual se despliegan todos sus ritos y todas sus pompas, á la *Accion* por excelencia, á la Misa. Veamos el lugar que en ella ocupa esta Virgen augusta, y midamos por el honor que allí recibe el que debemos tributarle.

CAPITULO II.

La Misa.

Bien pronto entraremos en el estudio de los honores excepcionales decretados para María en la parte variable del Santo Sacrificio que corresponde á cada fiesta del año. En este momento no queremos examinar mas que los que recibe diariamente en el Santo Sacrificio, en su parte constante é invariable, ó sea en el *Ordinario de la Misa*.

La Santísima Virgen está constantemente presente en todo el curso del Santo Sacrificio, como el miembro mas eminente del cuerpo místico, del cual Jesucristo es la cabeza que se ofrece al Eterno Padre por las manos del Sacerdote.

Seis partes pueden distinguirse en el Santo Sacrificio: la primera desde el *Introito* hasta el Evangelio; la segunda desde el Evangelio hasta el Ofertorio; la tercera desde el Ofertorio hasta el Cónon; la cuarta desde el Cónon hasta el *Pater noster*; la quinta desde el *Pater noster* hasta el *Agnus Dei* y la Comunion; la sexta desde la Comunion hasta el fin.

En la primera parte, el Sacerdote se humilla en union con los fieles, y se prepara al Sacrificio por la confesion de su indignidad.—En el Evangelio, profesa su fé y la proclama.—En el Ofertorio, prepara las especies del sacrificio y las ofrece á la Santísima Trinidad.—En el Cónon, las consagra y las transubstancia en el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo.—En el *Pater noster*, se apoya sobre la adorable victima para tener acceso al Padre Celestial é implorar sus dones.—En la Comunion, por fin, se le asimila y consuma la